

VIEJAS POSTALES
DESCOLORIDAS
**LOS FUEGOS
DE LA HABANA**
DE ANTAÑO Y LOS
BOMBEROS DEL COMERCIO

Selección sep 4/37

**¡LOS FUEGOS DE ENTONCES,
SI ERAN FUEGOS!**

■
Por FEDERICO VILLOCH

NADA encandila tanto los ojos ni alegra el alma de los **descoloridos** que supervivieron a aquella época de los heroicos y desinteresados bomberos, lo mismo del comercio que municipales, como ver al presente, en aniversarios, fiestas y procesiones, aquellas camisetas rojas que se lucían en los fuegos de antaño —¡aquéllos sí eran fuegos!—, destacándose, con su intenso color, del traje negro o azul oscuro de sus demás compañeros. Hasta los **fiñes** de hoy experimentan el influjo del "colorado" y quisieran verlo descollar airoso, sobre el "carro de auxilio", cuando pasa entre el nervioso repiqueteo de sus timbres y arrollando en su veloz carrera cuando se le pone por delante.

¿Y por qué no ha de haber ahora camisetas rojas entre los bomberos, ni usar uniformes ostentosos con fulgurantes galones, doradas charreteras y gruesos entorchados los militares del día?

Dígase lo que se diga, un coronel sin tres galones dorados, por lo menos, en la bocamanga de su guerrera, apenas se llama Pérez; ni un general significa gran cosa sólo con cuatro o más estrellas en los hombros, que nadie ve ni aprecia, como no sea el que se acerque a pedirle algo. Na-

poleón —que sabía un rato largo de la especialidad— sustentaba sobre el uniforme militar la acertada opinión de que debía ser lo más ostentoso posible, más que para deslumbrar, para imponer a las masas, y el que mejor le obedecía, en ese sentido, era el valiente Murat, el jefe supremo de su caballería, que se prendía sobre la casaca todas las chapas, cruces y bandas que se habían creado, y adornaba sus tricornios con un verdadero muestrario de encendidas plumas, con lo que ganó no pocas batallas célebres. A causa de sus uniformes varios y pintorescos, el pueblo parisién le llamaba el **Rey Franconi**, nombre del director y propietario de un circo ecuestre que había en París. Forzando un poco la memoria, el lector recordará que aquí también hemos tenido algunos **Reyes Franconi**...

La excesiva democracia —que viene siendo la democracia mal entendida— ha echado a perder con su criterio esa y otras cosas, y hay quien cree que no habrá disciplina, ni se-

riedad, ni orden, si no vuelven otra vez los uniformes de antaño, cubiertos de oro y plata y de deslumbrantes colorines. Los que establecieron, pues, el uso de la camiseta roja entre los bomberos, queda demostrado que sabían perfectamente lo que se traían entre manos. Un bombero sin camiseta roja se exponía a que algún guasón callejero le dijera:

—¡Ni usted es bombero, ni apaga fuego, ni nó!

Los camisetas rojas tuvieron una historia tan brillante como su uniforme, llena de heroísmo y de nobles rasgos de abnegación. La sección de **Camisetas Rojas** fue fundada por el jefe de los municipales, Andrés Zengoviche, para embullar a los jóvenes de "arriba" a que se apuntasen de bomberos, con objeto de hacer la competencia a los del comercio que se tenían en más que los otros, nombrándose, con gran acierto, jefe de la sección al simpático joven **Pepe Jerez**, que en breve tuvo a su lado un buen número de aquéllos, pertenecientes a la sociedad más escogida. El hoy respetable, además de sus barbas por todas sus demás excelentes cualidades, nuestro viejo amigo y compañero en lides periodísticas, el director de la Biblioteca Nacional, Dr. Francisco Coronado, fue uno de los que ostentaron su camiseta negra del comercio con más orgullo y arrojo, si bien, como perteneciente a la sección de Sanidad, su misión se limitaba a poner vendajes y dar, en caso de espasmos, a oler éter o, en su lugar, si no lo había, el **curativo** aguardiente de caña que era lo preferido por algunos...

Fué fundado el Cuerpo de Bomberos —allá por el 1876— con motivo del gran incendio ocurrido, también por esa fecha, en la antigua Plaza del Vapor, sostenido desde entonces pródigamente —hasta 1898 en que fue disuelto— por los comerciantes e industriales más conocidos y las casas de seguros contra incendios que radicaban en nuestra capital. También le ayudaba anualmente el Ayuntamiento con una buena subvención... siempre atrasada.

Del Cuerpo de Bomberos del Comercio era primer jefe D. Aquilino Ordóñez, y de los municipales D. An-

drés Zengoviche, componiéndose la oficialidad de ambos de jóvenes de la mejor sociedad habanera.

A los **fiñes** de entonces se nos caía la baba contemplando el cuartelillo de los del comercio que había al lado del Teatro Tacón, frente al Prado; las niqueladas bombas, las enormes parejas de caballos blancos, americanos, preparados para ser enganchados en el preciso momento de sonar el timbre de alarma; los bomberos de guardia, y, colgadas de las paredes, las hachas, las capas, los cascos, los relucientes pitones de bronce

Se puso de moda ser bombero del comercio. La juventud, que necesitaba "desfogarse", se dedicó a apagar "fuegos". La acera del Louvre prestó su más brillante aporte a la popular y benéfica institución, figurando, entre otros, en sus brigadas, Alfredo Arango, Eugenio Santa Cruz, Sotico, etc., el cual la prensa periódica, la que contaba con Ramón Mendoza, el buenazo y noble "Moncho" del **Diario de la Marina**, que era repórter, habanista y bombero, todo en una pieza. Nieto, repórter de **El País** —el autonomista—, un sordo que todo lo oía, también se ponía ufano el casco bomberil. Al sonar las cornetas y los gritos de auxilio, en horas de clase, se quedaban vacías muchas aulas de la Universidad y el Instituto, y no pocos escritorios y oficinas de alta importancia. Si el fuego era de consideración, llenaba páginas enteras de los periódicos, y se describía con lujo de detalles, como si se tratara de la toma de Sebastopol.

¡Aquellos sí eran fuegos!

Por ejemplo, el ocurrido la noche del 6 de enero de 1881 —día de Reyes— en el almacén y fábrica de tabacos de Gener, establecido al comienzo de la Calzada de Monte, en el número 7. Durante más de tres horas no cesaron de tocar un momento las cornetas y los pitos de auxilio. Las campanas de la iglesia de las Ursulinas, que era la más próxima, nada faltó para que perdieran sus badajos. La Habana entera se puso "sobre las armas". Como no existía —ni por asomo— el radio, y eran muy contados los teléfonos, las familias, asomadas a las puertas de sus casas, demandaban ansiosas noticias a los transeuntes, y llegó a creerse que ardía toda la ciudad, de la Calzada hasta el Arsenal; el cielo se veía todo

Otra vista del desfile de los "Camisetas Rojas". El público los contempla como héroes veteranos que merecen el aplauso.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

rojo por aquella zona. Al darse la señal de fuego, se produjo una alarma de consideración en el teatro Payret, donde se estaba terminando la representación de "La Favorita", cantada por el tenor Aramburu, entonces en plena gloria. Primer pánico del postalista, que era un niño de poco más de diez años y que ocupaba un palco del teatro con su familia. Aquellos toques de corneta ponían nervioso al más pintado. Del grande y sólido edificio incendiado no quedaron en pie más que las paredes exteriores, que durante mucho tiempo mostraron al público los huecos chamuscados de sus enormes ventanales. En este fuego estuvo a pique de perecer entre las llamas el hoy popular y querido D. José Aixaló, entonces un jovenzuelo saltarín de diecisiete años, empleado en la administración de la fábrica, y que residía, con su compañero de escritorio Juan de la Puente, en una de las habitaciones altas del edificio.

Se hizo el tema de las conversaciones en la Habana el "fuego de Gerner". Los bomberos de ambos cuerpos habían llevado a cabo actos de verdadero prodigio, luchando como leones contra el invencible elemento que amenazaba convertir en cenizas toda la barriada. Las pérdidas materiales ascendieron a algunos cientos de miles de pesos; de las personales hubo que lamentar, entre otras, la muerte de siete morenos trabajadores de la fábrica, que aparecieron completamente carbonizados en las letrinas, hacia las que, al parecer, corrieron en lo más fuerte del siniestro para escapar de las llamas. Se dijo que estaban allí presos en un cepo, pero no hubo tal, como pudo comprobarse, pues lo sucedido fue que se confundió con aquel instrumento de tortura la tabla de un escusado de los llamados entonces de "cuartel", que presentaba, seguidos, varios agujeros... También perecieron varios empleados de la fábrica, y el sombrerero astur Manuel Llano, que tenía su establecimiento en los bajos del edificio, por la parte de la Calzada; apareció el infeliz en un cuarto interior hecho un montón de cenizas. A los siete días del siniestro, una compañía inglesa le pagó a Gerner cincuenta mil libras esterlinas, importe del seguro, en buenos dólares ingleses...

Los **descoloridos** de mil ochocientos noventa y pico recordarán seguramente aquel otro fuego que se declaró una madrugada en la tienda de

ropa **La Opera**, de Galiano y San Miguel; y en el que estuvo a pique de perecer uno de los dueños, o principal dependiente del establecimiento, que si no recordamos mal se apellidaba Martínez. Las llamas le encerraron en uno de los entresuelos del edificio que daba para la Calzada de Galiano, y gracias a los esfuerzos de los bomberos de ambos cuerpos que a golpe de hacha lograron arrancar la única ventana de fuertes barrotes que tenía el local, pudieron darle salida al acorralado prisionero que ya estaba a punto de perecer asfixiado por el espeso humo y el intenso calor que lo envolvían. El público, que había presenciado el acto lleno de horror, tributó una ruidosa ovación a los heroicos salvadores, entre los que no hay para que decir que se destacaban los **camisetas rojas**. Hoy diríamos que había sido una "emocionante película".

Si fuéramos a cantar heroicidades de los bomberos de entonces, no tendríamos para cuando acabar y esta postal se haría interminable. Apuntemos, sin embargo, los grandes fuegos de los almacenes de azúcar, en el litoral de la bahía de Sta. Catalina; del taller de Tellería; del de Estanillo, de la Manzana de Gómez, del Centro Asturiano, en los que llevaron a cabo verdaderos actos de heroísmo, y, sobre todo, el de más triste y lamentable recordación, el de la ferretería de Isasi, en la calle de Lamparilla, ocurrido el 17 de mayo de 1890, y en el que perecieron los más distinguidos y valerosos jefes y oficiales de ambos cuerpos. Una tarja colocada en el restaurado edificio recuerda a aquellos mártires de su deber que se llamaron: Adrión Solís, Carlos Rodríguez, Isaac Cadaval, Andrés Zengoviche, Juan J. Musset, Francisco Ordóñez, Oscar Conil, Gastón Alvaro, Raúl Alvaro, Pedro González, Carlos Salas, Angel Mascaró, José Miró, Porto, Paço Silva, Pedro Cromat, Fermín Posada y tantos otros que se cubrieron de gloria.

La bomba "Habana", niquelada y brillante, ejercía un verdadero fetichismo sobre la multitud; se la veía funcionar siempre dominando el cua-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

4

dro, en medio de un enjambre de lucientes cascos y rojas o negras camisetas que se movían incesantes, acudiendo al puesto de mayor peligro... ¡Aquellos sí eran fuegos!

La misión de los **camisetas rojas** era afrontar el peligro sin miramientos de ninguna clase. Siempre se veía, en lo más alto y comprometido de la casa incendiada, un grupo de ellos manejando el hacha o el pico para derribar paredones, tejados y cuanto pudiera cortar el incremento de las llamas; y así perdieron la vida dos bomberos cuyos nombres hemos en vano indagado, en un simulacro de incendio, en el edificio ocupado hoy por el "Hotel Plaza", que estaba entonces por el "Diario de la Marina", un domingo del año 1893 ó 94, al caerse por la calle el muro de la azotea de aquella esquina, del cual se habían colgado dichos bomberos para simular que trabajaban con sus hachas delante de una enorme multitud que, inopinadamente, pasó del más caluroso entusiasmo al pánico más terrible...

También recordarán los viejos habaneros la heroica conducta de los bomberos del Comercio en el derrumbe de la esquina—Prado y San José—del teatro Payret, que tuvo lugar al medio día del primer domingo del mes de agosto de 1882, después de un pertinaz aguacero que había durado casi toda la noche y la mañana de aquel día, en cuyo siniestro pereció el arquitecto Sr. Sagastizóbal que había dirigido la construcción del teatro, estando también a pique de perder la vida el conocido periodista y autor cómico Fernando Costa, inquilino a la sazón de uno de los entresuelos del edificio. A Costa le amonestaban continuamente sus amigos porque bebía de modo exagerado, y ese día, en el derrumbe, quedó debajo de la cantina del café, lo que impidió que lo aplastasen los escombros. Cuando lo sacaban de debajo de aquella mole de pedruscos, cascos, botellas rotas y polvo mezclado con cognac, ginebra y otros licores, decía con su sorna habitual: —Para que digan después que la bebida va a matarme...

Cuéntase que entre Payret y Sagastizabal existían resentimientos de importancia que los mantenían violentamente separados con motivo de diferencias surgidas entre ambos por la fabricación del teatro, y que, al ocurrir la desgracia del segundo, aquél había exclamado satisfecho:

—¡Ahora sí creo que hay un Dios! Lo que no fue óbice para que, aquel mismo Dios que Payret creía su vengador justiciero, lo persiguiese en lo futuro hasta sepultarle en la ruina.

De aquí a treinta, cuarenta, cincuenta años, algún postalista de entonces, el nieto o el bisnieto, acaso, del actual, recordará el **derrumbe del solar "El Reverbero"**, de la calle de San José, que ha tenido lugar recientemente, en el que ocurrieron tantas desgracias personales, y la heroica conducta de la policía y los bomberos acudiendo en el acto al salvamento de las numerosas víctimas que ocasionó el espantoso siniestro. Juzgad, pues, por vuestra emoción de mañana, al evocar estos sucesos de hoy, la que en la actualidad experimentan los viejos lectores del día cuando hacemos palpar en su memoria los acontecimientos del ayer lejano. Si algún "modernista" se ha sonreído compasivo de esa nuestra manía de "resucitar vejezes", nunca con mayor oportunidad se le podría contestar con aquel conocido adagio que dice:

Boca no habló que Dios no castigó.

Pocos minutos después de ocurrir la catástrofe en el citado solar—escribió un periódico de información—se presentó en aquel lugar, dando muestras de un gran heroísmo, Julio Tapia, antiguo bombero del comercio, de 60 años de edad, que, vistiendo su viejo uniforme, acudió a prestar sus servicios. Tapia dormía en su domicilio, Soledad 24, y cuando se enteró del derrumbe, como lo hiciera hace treinta años, abandonó la cama, corrió al siniestro y, a pesar de sus años, fue uno de los que se distinguieron en el salvamento.

¡Ese Julio Tapia, antiguo bombero del comercio, es una **vieja postal descolorida** que readquirió vida y color al escuchar los gritos de ¡socorro! que se lanzaban en la calle...!

Y volvamos con Julio Tapia a los antiguos bomberos.

Hoy, un caso de fuego es una cosa natural y corriente, y hasta suele, las más de las veces, pasar completamente inadvertido, enterándose el público del suceso al leerlo después en la prensa de información, la que le dedica las líneas necesarias y nada más. ¿Qué significa una casa que se convierte en pavesas, y tal vez una fortuna que se viene abajo, al lado del tiroteo que acaba de tener lugar aquel mismo día, o de la bomba que estalló la noche anterior, haciendo polvo un edificio y privando de la vida a los pacíficos e inocentes transeúntes que tuvieron la desdicha de encontrarse próximos al suceso? ¿Qué puede, por un momento, distraer la atención del pueblo, que la tiene fija en la solución del intrincado problema político-social que tanto le afecta y del que depende el bienestar y el sosiego de los suyos? Cuando se oye venir una bomba de incendio, los



más de los transeuntes la dejan pasar tranquilamente, sin el menor atisbo de curiosidad, y raro es quien se preocupa de dónde pueda ser el fuego, después de haber visto reducidas a cenizas sus mas halagüeñas ilusiones y a escombros y ruina sus más nobles y constantes esfuerzos personales. A estas horas ¿quién no ha tocado a fuego más de una vez, por cierto, en su casa, en su hacienda y en su espíritu?

Antes sí que era una cosa seria y digna de llamar la atención un caso de fuego. Apenas se daba la señal de alarma, empezaban a sonar los pitos de auxilio de los **ordenpúblicos** y los salvaguardias (guardias municipales), y las campanas de las iglesias próximas al lugar del siniestro, y, sobre todo, las sonoras cornetas de los bomberos de ambos cuerpos, que, seguidas de una turba de chiquillos y curiosos, iban de esquina en esquina dando los toques correspondientes a la demarcación en que tenía lugar el suceso.

Con eso de las campanas de las iglesias, llamando a auxilio, sucedía una cosa muy original, y era que abundaba gran número de personas que, en cuanto aquéllas empezaban a lanzar al viento sus sonos, aplicaban el oído atentamente y distinguían en el acto de qué iglesia procedía el repique, y por lo tanto, en dónde tenía lugar el fuego: si de la Catedral, que era bronco y pausado; si del Santo Ángel, que era saltarín y alegre; si del Espíritu Santo, que sonaba a cacharros viejos; si de Monserrate, que era majestuoso y sonoro; si de la Salud, que era cadencioso y aristocrático; si de San Francisco, que era profundo y grave, como las pláticas de sus elocuentes predicadores; y si, en fin, de los Conventos de las Ursulinas, Santa Teresa y Santa Clara, que eran vivos y parleros, como alegres charlas de monjitas... Las gentes de hoy, por lo general, oyen campanas, pero no saben donde, aunque será lo más cierto que el ruido y la bullanga del progreso hayan ahogado la sagrada voz de las campanas.

Entonces se "fiaba" uno de la Virgen... y "no corría". Había que ver el entusiasmo y la magnificencia con que se llevaba a efecto la procesión de la Virgen de los Desamparados, la Santa Patrona de los bomberos, cuya fiesta se celebra el segundo domingo de noviembre en la iglesia de Monserrate, a la que aún concurren representaciones de los antiguos bomberos ostentando, orgullosos, sus carros, sus hachas, sus altas botas de goma, sus camisetas rojas y negras y sus blancas canas, "descoloridas" muestras de sus pasados "ardores" y "fogosidades".

Hasta en el teatro eran ovacionados los valientes bomberos si se les sacaba o aludía en escena, subiendo de punto el entusiasmo con aquel que salía en el sainete español, entonces de cartel, de Ricardo de la Vega, "La camisa de la Lola", y que, entre otros, interpretó aquí, en la Habana, en el teatro Albisu, el tenor cómico, de suprema gracia, Manolo Rodríguez. Empuñando un pitón, enchufado a la manguera del servicio de incendio del teatro, el acto imitaba a la perfección la violenta e intermitente salida del agua, cantando aquel cuplé de Chueca que decía:

Las campanas tocan,
—¿dónde el fuego es?—
cuatro con la grande,
con la chica tres.
¡Chis...! ¡Chas...! ¡Ches...!

Y en el "caluroso" aplausó que se le tributaba al artista, iba también envuelta la admiración que experimentaba el público por sus heroicos bomberos.

Siguiendo la tendencia tradicional criolla—que después de todo es universal—de dividirnos en grupos y partidos, existían los simpatizadores de los bomberos municipales y los fanáticos de los bomberos del comercio; y dicho se está en cada siniestro se manifestaba la enemiga de unos y otros y las artimañas de que ambos se prevalían para asignarse la victoria, colmando el público de caluroso y nutridos aplausos a los que habían obtenido el triunfo, mientras los vencidos se retiraban cabizbajos, a veces en medio de la más estruendosa rechifla. Se llevaba minuciosamente el score de los fuegos ganados o perdidos por unos y por otros, y fuerza es confesar que los del comercio tenían, por lo regular, un buen número de los primeros sobre sus contrarios los municipales; verdad que éstos, como cosa dependiente del Ayuntamiento, andaba de capa caída y nada sobrados de estímulo...

Lo mismo con camiseta roja que con camiseta negra, los antiguos bomberos merecieron siempre, por su conducta humanitaria, el elogio y el aplauso de todo el mundo; ahora que, como decían los **fiñes** de entonces: "Con camiseta roja eran más bonitos".

¡Aquellos sí eran fuegos!

Hoy, un fuego, como un combate en la guerra moderna, es una cosa ordenada, disciplinada, reglamentada—pudiéramos decir cuadrículada—. Nada de heroísmos ni de desplantes teatrales; suena la alarma, se preparan los bomberos, parten las bombas, se aplican los pitones sobre la casa ardiendo en llamas, funcionan los motores eléctricos... ¡Y no hay agua!